

sobre el tigre, que le dividió el cráneo en dos mitades.

¡Magnífico tigre! ¡soberbio animal! ¡Era un macho en su pleno desarrollo!

Se antojó al Laos hacer olfatear el animal muerto á los dos pequeños tigres, que gimoteaban desesperadamente. No había duda que el tigre era su padre.

Así terminó la cacería... En cuanto al Laos, acabó mal. Anquetil le regaló un fusil y municiones. Algún tiempo después, sorprendido un día por un tigre, se puso á la defensiva apresuradamente. Sus dos disparos, casi á boca de jarro, fallaron, y fué devorado en un instante por la fiera.»

Ofrece también interés la siguiente narración del capitán Duntop:

«Salí,—dice el capitán,—al alborar el día, de nuestro campamento, situado cerca de Fulrawalla, á orillas del río Sooswa, en compañía del coronel R... y seguido de algunos criados montados todos sobre siete elefantes.

Cercano al río hay un terreno bajo que, merced á las inundaciones, se convierte en isla, donde florecen algodoneros y matorrales espesísimos de *bair*; semejantes sitios se ven poblados de jabalíes, ciervos, pavos reales y mil aves de luciente y brillante plumaje.

Un buey muerto y á medio devorar y sanguinolento, mostraba claramente que hacia poco alguna fiera había interrumpido su festín. Las huellas se perdían en los terrenos secos de las inmediaciones, y así, fiados sólo de la casualidad, dimos comienzo á la batida en dirección á un barranco seco, cubierto en parte de junglares.

Á una brusca vuelta del camino, y al lado opuesto del barranco, vimos á unos sesenta metros de nosotros un animal. Algunos turbados indígenas lo bautizaron por becerro, pero, en realidad, era un tigre en pleno desarrollo.

Á mi voz empezó la batida. Los elefantes tienen un paso largo y acompasado, que equivale al trote vivo de un caballo, y esta vez, aguijoneados por sus *cornacs*, doblaron su velocidad. El tigre, repleto de carne, se mostraba rebacio á la lucha y huía. La batida era soberbia, el día era hermoso y el paisaje espléndido; el tigre delante, á nuestra vista, y los siete elefantes detrás, seguían su rápida y majestuosa carrera.

En su fuga, el tigre halló y dispersó una piara de toros. Tras una carrera de más de dos millas, llegó el tigre á un pequeño junglar, cortado por el lecho de un torrente profundo, y se detuvo brevísimos instantes.

La batida comenzó de nuevo, y al entrar yo en los junglares disparé un tiro entre ceja y ceja del animal,

cuando se disponía á dar un salto. Rodó el tigre por el suelo, y por más esfuerzos que hizo para incorporarse y ganar la orilla del torrente, no pudo lograrlo. Mi tiro le había roto el cráneo y rozado el cerebro; el coronel R... le remató de un balazo dirigido detrás de la oreja. El cuerpo del tigre mereció el honor de ser cargado por un elefante, que mostró con elocuentes é inequívocas señales su desapego hacia semejante carga; lo llevamos á mi casa de Dehu, y en el jardín fué desollado el animal, repartiéndose su carne y sus huesos entre los chinos encargados del cultivo del te, que atribuyen maravillosas propiedades medicinales á cada parte de su cuerpo. Los indios de aquel distrito no comen su carne.»

Hé aquí otra narración más modesta, pero que me proporcionó vivas emociones.

Hace pocos años, en el Arakau-Birmania, conocí á un piloto inglés, mozo fornido y alto, y cazador entusiasta, apellidado John Smith.

Como tenía ardientes deseos de cazar un tigre, le comunicué mi intento, y se brindó á acompañarme á la caza única asequible al proletario, ó sea al *aguardo*.

Aguardamos la llegada del *plenilunio*, y una tarde, al anochecer, el amigo John vino á buscarme á mi choza, y nos embarcamos en su lancha, en compañía de dos indígenas provistos de un cochinitillo.

Seguimos la corriente del río y enderezamos la proa hacia una isla que en los mapas ingleses se apellida *Oysters island*.

La isla es un canastillo de verdura, tupido y espeso, de un verde oscuro, matizado con los mágicos tonos de los climas tropicales.

Los tigres, que son robustos y vigorosos nadadores, visitan amenudo el *Oysters island*. John conocía todos los rincones y escondrijos de la isla, y no era la vez primera que había en ella cazado el tigre.

Abordamos la isla, y dejando la barca al paio, John clavó junto á la orilla una sólida estaca, y sujetó á ella por una pata al cochinitillo. Uno de los indígenas torturó la cola del animal, apretándola entre dos placas de metal ligadas fuertemente; como es de presumir, el cochinitillo arrojó agudos gritos.

Estos gruñidos eran conducidos, en alas de la brisa, al continente. Nos ocultamos en la espesura, armados de rifles, y los dos birmanos detrás, con sus lanzas en la mano.

Á media noche, la luna, con sus espléndidos reflejos, alumbraba el agua á una distancia de más de doscientos metros.

No hay pincel humano capaz de reproducir las be-



Un indígena arrollado por el tigre

llezas del golfo de Bengala en una de esas noches espléndidas en que los rayos de la luna, jugueteando con el agua y las hojas de los árboles, sumerge el alma en un mundo de poesía y de meditaciones.

Embebido en la contemplación de tal espectáculo, pasaron rápidamente las horas. Á media noche, algunos rugidos lanzados en la orilla opuesta nos advirtieron la aparición de un tigre.

El cochinito seguía entretanto gruñendo con furor. John me tocó ligeramente por la espalda, y me indicó con el dedo un punto negro en el agua, que parecía acercarse rápidamente.

—En nombre del cielo,—dijo,—no tiréis sin mi orden.

Ambos apuntamos, y yo, por cierto, no sin gran emoción. No tardó el tigre en hallarse á unos 50 metros; nadaba vigorosamente, y su resoplido llegaba ya á nuestro oído.

—¡One!—murmuró el piloto.

La cabeza sólo distaba 30 metros.

—¡Two!—La cabeza tocaba casi á la orilla; dos segundos más, y el animal abordaba la isla.

—¡Three!—dijo en fin, y disparamos á la vez.

Por un instante, el humo nos privó de ver á la fiera, y era imposible apuntar bien de nuevo.

Por fortuna habíamos hecho blanco, y John, saltando en la arena, tiró alborozado su gorra al aire, lanzando tres *hurra*s formidables en honor á la víctima, que luchaba, perdidas las fuerzas, con la corriente.

Al cabo de algunos momentos de agonía se sumergió en el fondo del mar; con garfios le sacamos á flote.

Era un tigre adulto, y de tanto peso, que necesitamos durante una hora reunir todos nuestros esfuerzos para embarcarlo.

Mi bala había entrado en el cráneo, un poco más abajo de la oreja, mientras que la de John, con punta de hierro, le había roto la mandíbula inferior y había penetrado en el cuello.

La escena de otra interesante narración pasa en una hermosa región de la América del Sud. En 1869,—dice Henry Revoil,—una compañía de Londres me envió á Lima para explorar unas minas. La inspección del suelo, en breve me convenció de que tales minas eran una superchería inventada para engañar á incautos é imbéciles. Léjos ya de la patria, quise aprovechar el viaje, visitando la más alta é imponente de las montañas del Perú, el Chimborazo.

Concertamos la expedición, mis dos compañeros MM. Smart y Colson y yo; y una mañana, después de haber pernoctado en una pequeña aldea, comenzamos á trepar por la falda de aquel gigante de las Indias. Las nieves eternas del Chimborazo iban desapareciendo lentamente cubiertas por la neblina; y los indígenas que nos acompañaban dirigían miradas de pavor hacia aquellos vapores siniestros, y nos anunciaron que iba á estallar una violenta tempestad.

Sus temores por desdicha se realizaron; la bruma extendió sus pliegues blanquecinos por los flancos de

la montaña y quedamos pronto sumergidos entre espesas tinieblas. La atmósfera era sofocante y húmeda, y la corriente del río que pasaba á nuestro lado, redobló su impetuosidad.

De repente, y cual si fuera obra de encantamiento y magia, saltaron por entre las breñas multitud de torrentes, formando cascadas y arrastrando troncos de árboles y arbustos arrancados de cuajo; una enorme serpiente hacía prodigiosos é inútiles esfuerzos para no ser arrastrada por aquella avalancha.

Brilló el rayo y retumbó el trueno, y contestaron á la vez los ecos todos de la montaña con espantoso estrépito. Era un espectáculo á la vez sublime y horrible; los rayos desgarraron las nubes sobre nuestras cabezas, bajo nuestros pies y á nuestro lado, circundándonos por doquier un Océano de fuego.

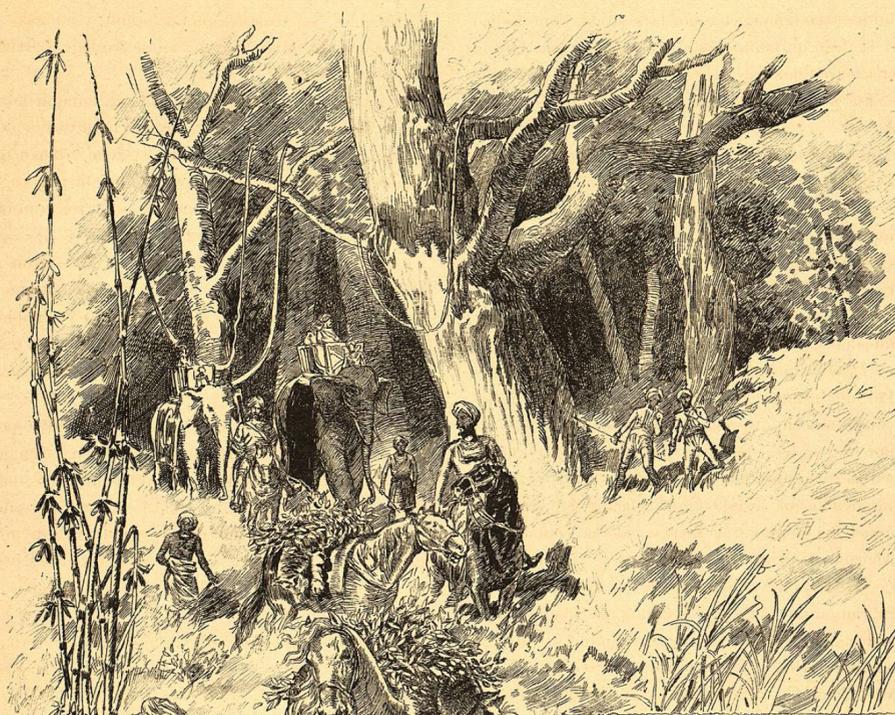
Cobijados bajo la copa de un gigantesco árbol, esperábamos el desenlace de tan imponente escena; cuando un indígena, lleno de alborozo, vino á anunciarnos que había descubierto un asilo seguro en una caverna vecina. El ruido producido por la tempestad era tan grande, que á duras penas podíamos entendernos; por fin, y no sin graves dificultades y tropiezos, llegamos á la gruta.

Coloquéme silenciosamente á la entrada de la caverna, que era larga y estrecha, y dirigí una mirada al cuadro que tenía ante mi vista. Los cedros más erguidos y elevados estaban ya tronchados, ó se doblegaban como cañas; sembraban el suelo cadáveres de monos y loros, aplastados por la caída de los árboles; los torrentes eran grandes ríos que corrían en todos sentidos por el flanco de las montañas.

Tarea vana es intentar describir aquella escena, cuya grandiosidad no puede comprender el que no ha visitado la América del Sur.

La gruta en que nos habíamos refugiado era tan sombría, que cuando volvíamos la espalda á la luz, á cincuenta centímetros, todo eran oscuridad y tinieblas. Estábamos conversando acerca de nuestra embarazosa situación, cuando de repente oímos unos gemidos extraños que partían del fondo de la caverna.

No sin vaga inquietud escuchamos tales rumores; y, mientras Mr. Smart y yo procurábamos discernir su causa, nuestro amigo Colson, arrastrándose por el suelo, penetró hasta el fondo de la gruta. Apenas había desaparecido de nuestra vista, cuando lanzó un grito de sorpresa, y al cabo de un instante reapareció, llevando dos animalillos, uno en cada mano, de la talla de un gato, pero armadas sus mandíbulas de dientes incisivos, formidables.



Regreso de la cacería

ban, llenos de pavor, «¡un tigre! ¡un tigre!» y, subiendo todos ellos con pasmosa celeridad á lo alto de los vecinos cedros, se ocultaron entre sus ramas.

Helados de espanto en un principio, la conciencia del peligro nos devolvió en breve la sangre fría. Empuñamos, pues, las armas; pero Mr. Smart, con gesto enérgico, nos indicó que debíamos procurar tapar la abertura de la caverna con una gran piedra que había á nuestros pies. Nos apresuramos á realizar aquella operación, pues oíamos ya los

roncos rugidos del tigre, y estábamos perdidos si no cerrábamos la boca de la gruta antes de la llegada de la fiera. No habíamos aún terminado de colocar la piedra, cuando vimos al tigre que, dando grandes saltos, se dirigía hacia su guarida. Hicimos, pues, un vigoroso esfuerzo y quedó colocada la barrera salvadora. Ya era tiempo: por los intersticios vimos al felino dirigiendo

Aquellos raros animales tenían los ojos de color verde, garras aceradas y la lengua fuera, de color sanguinolento.

Apenas Mr. Smart los vió, lanzó un juramento.

—¡En nombre del cielo! Nos hemos metido en una caverna de...

No pudo concluir: los guías en aquel instante grita-